


# RETÓRICAS DEL SILENCIO: INSCRIPCIONES TEXTUALES Y SOMBRAS DE LA DECONSTRUCCIÓN EN LA CRÍTICA ESPAÑOLA<sup>1</sup>

## RHETORICS OF SILENCE: TEXTUAL INSCRIPTIONS AND SHADES OF DECONSTRUCTIONS IN SPANISH CRITICISM

Max Hidalgo Nácher   
Universitat de Barcelona  
[maxhidalgo@ub.edu](mailto:maxhidalgo@ub.edu)

Fecha de recepción: 22/07/2021

Fecha de aceptación: 26/07/2021

DOI: <https://doi.org/10.30827/tnj.v4i2.21827>

**Resumen:** Este artículo se pregunta por el momento de emergencia de los llamados estructuralismos en España, y especialmente por el lugar y algunos usos de la deconstrucción en el campo crítico español a partir de los años setenta hasta nuestros días. Una larga autarquía intelectual y la presencia del nacional-catolicismo dificultarán la incorporación de un pensamiento que parte de la muerte de Dios y avanza hacia la muerte del Hombre. En estas páginas se estudia parcialmente la obra de Nora Cattelli y de Túa Blesa para ver de qué modo abrieron nuevos horizontes críticos en una

---

<sup>1</sup> Esta investigación se inscribe en el proyecto "The circulation of critical paradigms in Iberoamerican contexts from the second half of the 20th century to the present: methods, concepts and problems" (Unión Iberoamericana de Universidades, 2019). Este trabajo constituye una reformulación de un apartado del libro *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura*, donde se estudia la configuración teórica de la crítica literaria española en contacto con las teorías estructuralistas, libro que constituye el primer tomo de una investigación sobre *Los estudios literarios en Argentina y en España: institucionalización e internacionalización*, coordinada con Analía Gerbaudo.

España que no había dejado de oponer resistencias a la teoría y, más en general, al pensamiento literario. E, igualmente, se llama la atención sobre algunas dinámicas heredadas de la universidad española que llegan hasta hoy y que reclaman la vuelta sobre las propias condiciones materiales del ejercicio de la actividad intelectual en una universidad pública regida por la precariedad.

**Palabras clave:** Deconstrucción; historia de la teoría; estructuralismo; Nora Catelli; Túa Blesa; universidad; precariedad.

**Abstract:** This article focuses on the emergence of the so-called structuralism in Spain and specifically on the place and some of the uses of deconstruction in the Spanish critical field from the seventies to our present. A long intellectual autarchy and the presence of “national-catholicism” hampered the access to a school of thought that begins with the death of God and walks towards the death of Man. This paper analyzes the works of Nora Catelli and Túa Blesa in order to see how they gave way to new critical perspectives in a country that resisted theory and any kind of literary thought in general. In addition, this paper draws attention to some of the dynamics inherited by Spanish academia and which impel us to criticize the material conditions of intellectual activity in precarious public universities.

**Keywords:** Deconstruction; history of theory; structuralism; Nora Catelli; Túa Blesa; university; precarity.

“Un fantasma asola Europa (y América)”. Pero el fantasma actual, aquel ante el que se estremecen los Metternich o Guizot de turno, lleva otro nombre: irracionalismo. Quisiera hablar aquí de ese fantasma que, como todo fantasma, tiene por virtud unir a fuerzas dispares que intentan conjurarlo.

Eugenio Trías, “El loco tiene la palabra”

Eugenio Trías publica *La filosofía y su sombra*, su primer libro, en 1969 en Seix Barral. En él, el joven filósofo de 28 años reflexionaba sobre “*el carácter pugnaz, bélico, constitutivamente conflictivo de todo filosofar*” (“Prólogo” 8; cursivas en el original). El libro se las veía —porque se trataba de una intervención polémica— con la filosofía analítica y el marxismo, dos filosofías cuya razón proyectaba la sombra del “irracionalismo” sobre un conjunto heterogéneo de filosofías entre las que se incluía la del joven pensa-

dor. Mientras los analíticos se limitaban a llevar a cabo “un análisis extrínseco” de los discursos que criticaban y a los que acusaban de metafísicos (sin entrar, por lo tanto, en su propia racionalidad y estructura), los marxistas tendían a reducir el discurso “a *un nivel diferente*”, correlacionando a “un orden conocido de fenómenos [...] un orden que está por conocer” (“El loco” 21). El objetivo de Trías era destruir esos discursos señalando cómo toda filosofía genera una sombra que, lejos de serle meramente exterior, es el resultado de una exclusión interna a dicha filosofía:

Toda filosofía produce de forma inconsciente una problemática y una estructura que articula un conjunto de opciones relacionadas entre sí. Así mismo, “escoge” y eleva al nivel consciente una de las dos series de opciones, e inhibe la restante, que sólo aflora a la conciencia como *referencia negativa*. La filosofía se halla relacionada, ante y sobre todo, con el reverso mismo de lo que enuncia, y que ella misma articula sin darse cuenta; y, de este modo, *inventa* ese “otro gemelo” que es aquello que *denuncia* (*La filosofía y su sombra* 36-37; énfasis en el original).

Trías no veía la necesidad de vérselas con otra tendencia que hasta entonces había imperado en España, el escolasticismo tomista, dado que aparecía como *cosa del pasado* en un campo en el que lo que se disputaba era la postulación de un porvenir (Vázquez García 5-6). Continuaba Trías, en tono polémico: “La filosofía y los filósofos constituyen un cuerpo de cancerberos, de ‘perros guardianes’ (en el sentido platónico) del saber. Su función, en cualquier caso, es decididamente policíaca” (*La filosofía y su sombra* 68), como policíaco era el Estado de excepción que, cabe recordar, se había aprobado el 24 de enero de 1969 para acabar con las “acciones minoritarias, pero sistemáticamente dirigidas a turbar la paz de España y su orden público” que “han venido produciéndose en los últimos meses, claramente en relación con una estrategia internacional” (Decreto-ley 1/1969, 1175) instaurando un régimen policial que se prolongaría varios meses. En ambos casos emergía el problema de la irreductibilidad de los espectros, combatidos “con todas sus fuerzas” en tanto que irracionalidad por los diversos “racionalismos” que necesitan, para reposar en sí mismos, “conjurar ese fantasma, esa sombra” (Trías, *La filosofía y su sombra* 37).

Cabe señalar, en ese sentido, que la crítica literaria participaría de ese discurso filosófico (Derrida 131-132), que es también un discurso policíaco, de modo que es posible preguntarse por cuál es la estructura de exclusión que ha regido —y muchas veces sigue rigiendo— los discursos sobre la literatura en España. Los fantasmas habrán acechado, y seguirán haciéndolo por mucho tiempo, la literatura española. Entre ellos, cabe detectar el “*carácter fantasma*” (Trías, *La filosofía y su sombra* 72; cursiva en el original) de ciertos objetos como el “textualismo” y la “deconstrucción” (los cuales, hoy en día, estarían acompañados de otros como el “feminismo”, el “decolonia-

lismo”, la teoría *queer* o el hispanismo practicado fuera de España (Faber). En este sentido, la exclusión desde el campo de la teoría de la literatura del textualismo y de la deconstrucción —cuando no, en el Hispanismo, de la teoría en general, es decir, de la posibilidad misma de que la crítica reflexione sobre sí misma— constituirían una marca local del discurso crítico español. En esa dinámica, el silencio, como denunciaba Juan Goytisolo, funcionaría muchas veces como una forma de exclusión (“Silencio público” 999-1002) por el cual se relega a ciertos textos a la inexistencia, tal como ocurrió con la deconstrucción en el primer congreso de semiótica celebrado en España en 1983 (Garrido Gallardo, “Jakobson y la semiótica literaria” 900) o como ocurriría con cierta poesía contemporánea, de la que Túa Blesa ha podido decir, en un intento de hacerla audible, “que nunca fue escrita, esto es, que es inexistente para el discurso crítico contemporáneo” (*Tránsitos* 55). Esos silencios, en palabras de Antonio Chicharro, dirían “una valoración y dicen un ocultamiento” (290-291). Ahora bien, cuando algo ya no puede ser silenciado, aún es posible oponerse a ello frontalmente, para lo que, sin embargo, se hace necesario reconocerle la existencia, aunque sea reduciéndolo a no ser más que la sombra del propio discurso, como ya mostraba Trías. Tenemos una multitud de casos de este tipo de lectura que, en el campo académico, sucederán, a partir de finales de los años ochenta, al silencio que reinaba en torno a la deconstrucción, lo que indica que ese discurso se ha vuelto visible y ya no del todo negligible, de modo que empezará a aparecer reseñado incluso en muchos de los textos y artículos que presentan una perspectiva claramente crítica al respecto.

### Una oscura nacionalización de la literatura

[Dámaso Alonso], que en su juventud había traducido a Joyce, apareció después como cerebro de una oscura *nacionalización humanista* de la poesía española que la abocó a un estéril tradicionalismo.

Miguel Casado, “La pregunta por la poesía (apuntes para trazar un marco)”.

Aquí querría detenerme para reflexionar sobre el lugar que ocupan el textualismo y la deconstrucción no ya sólo con relación a la Filología —que ha sido, hasta el día de hoy, el gran discurso que ha mediado académicamente el acceso a lo literario en España—, sino también respecto a la Teoría de la Literatura, que ha aparecido muchas veces como el Otro de la Filología. Esta historia se remonta al franquismo y al oscuro giro que dio la estilística de Dámaso Alonso después de la Guerra Civil (Hidalgo Nácher,

“Genealogía”). Podemos preguntarnos si en un país en el que Dios no había muerto —en un marco de censura y dirigismo cultural regido durante casi cuarenta años por la voluntad de un “caudillo por la gracia de Dios”— podía morir el Hombre; y cómo en un país en que, junto a la ausencia de libertades, reinaba el dogmatismo filosófico, podía abrirse un espacio para el psicoanálisis lacaniano o el pensamiento arqueológico de Foucault.

La sombra en España es alargada, y lo que podríamos pensar que es una historia pasada, que en nada nos afecta, puede adquirir la forma de una genealogía que permite entender algunos de los límites del pensamiento literario y de las prácticas críticas actuales. Por eso —más que hablar de Transición y de Democracia— me gustaría referirme a ese período que viene después de la muerte de Franco y a lo que José Bergamín llamó “el franquismo sin Franco” como *posdictadura*, ya que el término permite señalar y hacer emerger las marcas de la dictadura en aquello que viene después de ella y que, a través de un discurso de la *reconciliación nacional*, basado en lo que “suele llamarse *pacto de olvido, de silencio o de mordaza*” (Clavero 22; cursivas en el original), habría desembocado en “una amnesia constitucionalizada, inmune incluso a despertares de memoria” (125).

Escribía Juan Goytisolo en 1996, dando cuenta de una situación institucional que, al menos en sus aspectos materiales, se ha agravado en lo que llevamos de siglo XXI:

El desconocimiento y menosprecio de muchas obras “molestas” de nuestra tradición unidos al de cuanto se produjo o produce fuera generan por desgracia una mediocridad satisfecha alrededor de los caciques encastillados en la fortaleza, a veces ruinosa, de su *especialidad* [...]. Los efectos de treinta y cinco años de franquismo subsisten así dos décadas después de la muerte del dictador: las estructuras patrimoniales no han cambiado y, en términos generales, los dueños de prebendas y parcelillas de poder tampoco (“La ocultación del saber”).

### **Resistencias a la deconstrucción**

¿Cómo enunciar los límites de un espacio? ¿Cómo abrirlo más allá de sí mismo? En 1969, la revista *Los libros* constataba un vacío en la crítica argentina para proponer “la creación de un espacio” (*Los Libros* 3). El gesto de Trías, contemporáneo al de *Los libros*, no era extraño a dicha problemática. En ese mismo año, Roland Barthes visitaba Barcelona. Se hace aquí posible reconstruir una escena de la teoría (Catelli, “Asimetría” 195) sintomática de la difícil comunicación de las prácticas críticas barthesianas con el campo crítico español. Tras reunirse con Carlos Barral, José María Castellet y Félix de Azúa —el mismo autor que años después afirmaría que Barthes y sus contempo-

ráneos “influyeron decisivamente sobre mi generación y acentuaron la tendencia a la irresponsabilidad secular en nuestro país” (Azúa, “Borrón y cuenta nueva”), y que ese día decidió no acudir al acto<sup>2</sup>— a las siete y media de la tarde Barthes presentó su conferencia “De la literatura a la escritura” como cierre de un ciclo sobre el estructuralismo organizado por la cátedra de Psiquiatría de la Universidad de Barcelona y el Instituto Francés. Gabriel Ferrater, profesor de crítica literaria en la Universidad Autónoma de Barcelona fundada ese mismo año, estaba entre el público y, como no se cansan de repetir las crónicas, expuso sus objeciones al discurso recién sostenido por Barthes (Fernández 201). Así presentaba Azúa la conferencia, dando pábulo al rumor, en 1974: “Por lo que luego nos contaron, tampoco en su conferencia logró Barthes escapar al prólogo, pues Barcelona entera coincidía en señalar que Gabriel Ferrater le había hecho unas preguntas tremendas que lo habían reducido a escombros. Nadie podía repetir las preguntas” (Azúa, “Prólogo” 9). Uno de los presentes, Jaume Vidal Alcover —traductor, a la postre, de *Crítica i veritat*— presentaba retrospectivamente el encuentro del siguiente modo:

Va ser molt controvertit, especialment per Gabriel Ferrater. Ell es defensava de les objeccions sense contraargumentar, i es refugiava en un mutisme, entre temorenc i desdenyós, deixant anar per tot dir algun “Peut-être”, que no responia a res, sobretot en un home que coneixíem d’oïda com a combatiu i més tost intolerant. L’endemà d’aquesta sessió, Joaquim Marco ens va reunir uns quants, en una sessió més íntima, a l’editorial Llibres de Sinera, al seu entorn, i l’home va procedir com en el debat del Liceu Francès: “Oui, peut-être”. Aleshores l’objector era jo (20).

Barthes habló ahí —tal como recogía la crónica de Alexandre Cirici para *Serra d’Or*— de las lexias, de la preeminencia del significante sobre el significado, de la deconstrucción de la Metafísica occidental y de una crítica sin fin que rompía con la idea de centro, dando forma a un discurso que era difícilmente inteligible en la sociedad literaria catalana del momento. En el acto participaron Maria-Aurèlia Company, Gabriel Ferrater, Antoni Vilanova, Miquel Siguan, Romà Gubern y el propio Cirici, quien le hizo una pregunta:

Jo li faig notar que em sembla que el sedàs condiciona els elements de l’anàlisi. Atès que el sedàs és una estructura i que ell ha dit que les estructures reflecteixen una determinada situació, al sedàs de l’observador se li escaparan totes les coses que no hi siguin prefigurades. En conseqüència, amb el seu mètode, el crític no pot trobar a l’obra

2 “Conocí yo a Roland Barthes un día caracterizado por la turbación y la furia, en que se le ocurrió venir a Barcelona a dar una conferencia. Con todo rigor, aquél fue el primer momento del prólogo, porque fuimos a almorzar con él Carlos Barral, José María Castellet, un discreto caballero (¿el cónsul?) y yo, pero no me fue posible llegar a oír a Barthes. [...] Luego, en efecto, Barthes dio su conferencia, a la que no asistimos los de la comida porque supongo que sosteníamos la disparatada idea de ‘haber oído hablar, ya, a Barthes’” (Azúa, “Prólogo” 9).

res més que allò que ell mateix hi posa. Barthes resta en silenci i al final di que sí, que és cert (54).

Después de que Cirici le preguntara por *El sistema de la moda*, la crónica acababa con las siguientes palabras:

Barthes s'interessà per l'estat d'aquesta mena d'estudis [*sobre moda*] a casa nostra, els quals, malauradament, han de mantenir les recerques de punta fora de la Universitat. Quant a França, té posades moltes esperances en la nova Universitat de Vincennes, a la qual un grup actiu —al volt del ferment de *Tel Quel*— ha pogut triar lliurement un professorat excel·lent, sense demanar ni tan sols cap títol oficial. La lingüística, la psicoanàlisi, hi tindran un lloc eminent. La inscripció multitudinària d'estudiants és prova de l'interès que presenta per a la problemàtica d'avui.

En resum, Barthes ens ha semblat representar bé aquell estructuralisme que exigeix Henri Lefebvre, que no és una ideologia (per força sincrònica, immobiliària), sinó una metodologia apta per a una funció històrica: la crítica del món present (55).

Siguiendo este hilo, cabe señalar cómo las lecturas españolas de Barthes han sido, por lo general, mucho menos “inclusivas” (Catelli, “Asimetría” 194) que en Argentina. Con motivo del centenario del nacimiento de Barthes, que pasó en España mucho más desapercibido que en Argentina, se publicaron en *El País* dos artículos que dan cuenta de la recepción del crítico francés. El primero, de José Luis Pardo, de tono descriptivo, trazaba una caracterización general de Barthes antes de concluir que “quizás podría definirse su huella en la cultura contemporánea, para lo mejor y para lo peor, con aquello que de sí mismo dijo alguna vez: que solo era capaz de vivir las relaciones sociales en términos de lenguaje” (Pardo, “Los años salvajes”). Esa ambigüedad del “para lo mejor y para lo peor” se convertía en el texto de Catelli, el segundo artículo que nos ocupa (“Roland Barthes, el lector irreprochable”), en una reivindicación de la obra barthesiana, para lo cual se desplazaba al escenario de su juventud (“quien esto escribe tenía en 1966 exactamente 20 años”), Rosario, y a una edición publicada en Jorge Álvarez con traducción de Nicolás Rosa. En ese desvío argentino recordaba cómo en la Universidad Nacional de Rosario, con la dictadura de Onganía, “se implantó la estilística, no la de Charles Bally o Leo Spitzer, que todos conocíamos, sino su vertiente degradada, católica y meliflua” (una estilística que tenía a uno de sus máximos cultivadores en la figura tutelar de Dámaso Alonso). En ese contexto, en que el pensamiento crítico desertó la universidad para articularse “en instituciones paralelas y en grupos de estudio”, guiados por “una curiosidad inagotable”, muchos jóvenes (entre los que Catelli se incluía a sí misma) descubrieron algo nuevo, “algo que sin saberlo producía una fractura irreversible en el humanismo sartreano y en nuestro humanismo entre mar-

xista y antiimperialista”. Ese Barthes, que fracturaba el inconsciente crítico de la época, abría un nuevo horizonte de pensamiento y, de esa manera, inauguraba una nueva contemporaneidad:

Por primera vez aparecía ante nosotros una figura aterradoradora, ominosa, pétreo, resistente a la voluntad de búsqueda del significado. Ese algo, que *El grado cero* muestra y al que de muchas, muchísimas maneras Barthes permaneció fiel —fiel a la intemperie de esa fidelidad—, no es otra cosa que el lenguaje. El lenguaje: la lengua, los signos, la retórica, la fijeza de aquello que se nos impone. Encontró Barthes para esa fijeza un término inasible pero reconocible, aun hoy, como la marca de todos aquellos que hacen crítica desde la pérdida de la inocencia. Ese término es escritura (“Roland Barthes”).

La difícil incorporación del pensamiento de autores como Barthes al campo crítico español está ligada a un horizonte crítico en el cual no deja de reconocerse la herencia de una larga dictadura que, colocando a Dios en el centro y a través de un circuito de la comunicación autárquico tutelado por el Estado, en que los lectores aparecían reducidos a una perpetua minoría de edad, hacía muy difícil entender unas problemáticas ligadas a unos corpus de textos (literatura moderna, lingüística estructural, filosofía alemana, psicoanálisis), a unos problemas (la muerte de Dios, el sujeto barrado, el lenguaje como materialidad) y a unas prácticas críticas en gran medida desconocidas en España.

### **“Retórica y jergas en la crítica contemporánea” (1987): un diagnóstico**

Las resistencias a los planteamientos del Barthes desde finales de los sesenta, así como la reconstrucción histórica de la recepción académica, mayormente filosófica, de la deconstrucción y del pensamiento derridiano, dan cuenta de ciertos límites de la crítica española. No por casualidad, Nora Catelli presentará en una conferencia de 1987 titulada “Retórica y jergas en la crítica contemporánea” los límites de la crítica española contemporánea a partir de sus resistencias a las tendencias deconstructivas. Catelli, que era profesora de literatura en la Universidad Nacional de Rosario, se vio obligada a abandonar Argentina, huyendo de las amenazas de la Triple A, en diciembre de 1975 para instalarse en Barcelona, donde trabajó, como ella misma narra,

de profesora de inglés en una academia, de secretaria bilingüe en una empresa de sulfato de aluminio que sirve para depurar el agua y de secretaria de Jorge Edwards en una editorial de libros de venta a domicilio. Desde 1980 hice, como *free-lance*, las siguientes cosas: coordiné una enciclopedia —que no salió— para México, redacté fascículos, corregí traducciones, traduje, escribí centenares de biografías para anuarios, actualicé diccionarios y trabajé como redactora-asesora en una revista femenina (“Incorporar lo ‘otro” 8; ver también “La crítica feminista” 130-131).



Desde 1978 empezó a escribir para *El viejo topo* —una publicación sobre la que valdría la pena volver— y para *La Vanguardia* y no se incorporará a la universidad española hasta 1997, cuando se integre como profesora de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Barcelona en el equipo de Jordi Llovet.

“Retórica y jergas en la crítica contemporánea” es una intervención en la que, desde su posición de extraterritorialidad, Catelli presenta algunos de los límites de la crítica española a mediados de los años ochenta a través del estudio de los procedimientos críticos y de la retórica que ésta desplegaba —y, en ocasiones, todavía sigue movilizándolo— en la práctica crítica. Presentada en el marco de unas jornadas tituladas *En los límites de la crítica* y rescatada por la revista *452°F* en 2015 en un número que coordiné sobre “Historia y usos hispánicos de la teoría”, Catelli se preguntaba tanto por “la situación actual de la crítica en España” (en un momento y un contexto geográfico determinado) como por “los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual” (“Retórica y jergas” 30) (es decir, por una situación histórica general que, de algún modo, colocaría a la crítica española *en falta* respecto al horizonte crítico contemporáneo). Ese tipo de mirada que tomaba el discurso de la deconstrucción —tanto en su vertiente derridiana como en lo relativo a los aportes de Paul de Man— como un momento insoslayable de la crítica contemporánea se hacía posible en gran medida gracias a su experiencia de desplazamiento.

En esa conferencia se trataba, así, de diferenciar entre *los límites de la crítica contemporánea* —“los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual” (30)— y “los límites de la crítica en España”, los cuales, serían, a fin de cuentas, “los límites de sus críticos” (30). Catelli señalaba que entre ambas interpretaciones del problema había “un hiato, un auténtico vacío” (30) que remitía, precisamente, al vacío que se abriría entre la crítica contemporánea y los modos de practicarla en España. Acudiendo a un número monográfico de la Asociación Colegial de Escritores de enero de 1987 titulado “La crítica literaria” —y tomándolo como un índice de la crítica española contemporánea—, Catelli señalaba que el lector que así procediera

llegaría a la convicción de que la crítica literaria es una rama menor de la publicidad editorial, de que sus instrumentos teóricos son, desde el punto de vista lingüístico, pre-saussurianos; desde el punto de vista del estudio del sentido y la dimensión del sujeto, pre-freudianos; y desde el punto de vista de la crítica impresionista, ingenuos (31).

A través de la lectura de ese volumen, de fuentes y referencias dispares, Catelli extraía un rasgo en común: “La sospecha de que si no hemos desarrollado demasiado un buen sentido natural y propio sustentado en un buen gusto también natural y propio acerca de la literatura se debe al ‘mal uso’ de las teorías foráneas” (31).

El diagnóstico de Catelli, profundamente crítico (“¿cómo dar cuenta de tan descorazonador panorama sin quedar atrapado en las redes de la invectiva?”) proponía tensar el espacio nacional “situando históricamente, con respecto a un patrón de medida, digamos “internacional”, este paisaje peninsular tan decepcionante” (31). En esa conferencia, la crítica argentina adoptaba distinciones provenientes de Edward Said e invocaba la noción de texto de Barthes, Kristeva, Eco y Derrida para abrir un espacio más allá de la “reiteración de la autoridad de aquellos que, a partir de Menéndez Pidal, fijaron el centro del valor literario y, con reverencia, repiten y ajustan el gran discurso conciliatorio” (33). El diagnóstico era tajante:

En nuestro campo, la función de la filología es demostrar, por vía del apaciguamiento de todas las aristas, que todo es legible cuando el sentido común se impone, que ninguna “versión” del texto es perversa, sino que tan sólo se aleja para volver al canon, y que la función del canon, al revés de lo que suele afirmarse, no es la de anatemizar sino la de integrar (33).

El predominio de la Filología haría que las perspectivas formalistas y estructuralistas se convirtieran en último término en una convalidación de la disciplina inscrita en la tradición del comentario de texto:

Las maneras en que se enseña a cómo leer un poema, luego de que la historia literaria haya fijado qué poema, o cómo disfrutar de un concepto, tras que la Academia lo haya formulado en redes coherentes, no se erigen en una construcción que pueda transformar la filología, sino en una glosa de la filología y en un culto reverencial a sus autoridades (33-34).

Por último, Catelli consideraba que, en ese contexto, “el ensayismo, por su carácter incompleto y abierto, correa de transmisión de lo nuevo, en la península se dedica más bien a consagrar lo viejo o a rearmarlo” (34).

La apuesta de la crítica rosarina consistía en colocar en primer plano “el orden retórico”, reconociendo que no da forma solo al discurso literario, sino también al resto de discursos. “Lo que esta crítica postula”, continuaba Catelli, “no es otra cosa que la *ilegibilidad*” (34). La hermenéutica de Gadamer y Jauss, por un lado, y la deconstrucción de Derrida y de Paul de Man, por el otro, abrirían este horizonte de inquisición apenas explorado en España.

Catelli, para pensar ese problema, se detenía en “Semiología y retórica” de Paul de Man, artículo contenido en *Alegorías de la lectura* (1979), donde el crítico belga “postula una separación profunda y radical de la retórica, tanto de la estructura semántica del texto como de la actividad interpretativa del texto” (De Man, *Alegorías* 35). La apuesta de De Man consistía en mostrar que “la retórica es irreductible, dis-

crepante y heteróclita con respecto a la lógica y a la semiología y con respecto a la paráfrasis interpretativa” (35). En esa intervención, la crítica argentina reconocía una tendencia de la crítica contemporánea que en otros lugares hemos caracterizado como una restauración humanista (Hidalgo Nácher, “La herencia teórica”) por la cual, tras la experiencia “claustrofóbica” (Catelli, “Retórica” 36) de la vanguardia literaria, artística y teórica, se recuperaba la distinción entre *lectura interna* y *lectura externa* del texto, la cual reposaba en la creencia de que el texto tiene un *adentro* y un *afuera*. Esa crítica contemporánea se diría a sí misma:

Abandonemos la retórica dura y la escritura dura de su crítica y volquémonos a los remansos de la historia, la biografía, el contexto, donde puede resurgir aquello que una vez conocimos como orden de interpretaciones válidas: sociológicas, históricas o, desde el campo de la semiótica, la reducción de la escenografía de la retórica del texto a su estructura u organización semiótica (37).

Esas vueltas del humanismo, que se encuentran también —de modos diversos y en función de las historias locales— en otros países, suponían en España “el mito de la correspondencia semántica entre signo y referente”, basado en la idea subyacente “de una Naturaleza que dota de sentido a lo natural, a lo ‘humano’”, la cual reaparecería “en los más crudos análisis ideológicos” (37). De ese modo, “nuestra crítica española podría ser englobada aquí, porque se apoya en la creencia en un orden natural, en una tradición omnicomprendiva y en un sentido “lógico” o sensato de las cosas” (37). Aquí es donde habría que situar las críticas a la deconstrucción y los posestructuralismos provenientes del hispanismo y del bloque académico de la teoría —críticas que, por lo demás, muchas veces conectan, consciente o inconscientemente, con el nacional-catolicismo franquista y, más allá de él, con la gran tradición de Menéndez Pelayo, haciendo de la crítica, por encima de todo, una crítica *española*.

Al separar semiótica y retórica e incorporar el problema de la reflexividad del texto, De Man mostraba cómo el texto se vuelve sobre sí en un movimiento en el que éste pierde suelo. La conclusión de Catelli, siguiendo al crítico belga, era que “no es posible establecer un orden de figuras cuyo sustrato o base sea lógico y lingüístico. El orden de la figuración tiende a la fragmentación y a lo abierto; la síntesis (lo que se llama habitualmente ‘la profunda unidad del texto’) es otra figura más de nuestro deseo de conciliación” (39). El texto se cerraba con una defensa de la deconstrucción como *puerta de entrada a la contemporaneidad crítica*, ya que en ella se dirimía precisamente el problema de lo retórico de cualquier lenguaje y, por lo tanto, la imposibilidad de tener un acceso a una dimensión natural o verdadera separada del lenguaje que a ella refiere:

No puede negarse que el trabajo sobre la figuración, sobre la retórica, es la puerta estrecha por la que deben pasar los discursos críticos. Los cargos usuales contra la deconstrucción (rigor monótono, circularidad obsesiva, utilización de una jerga) son también síntomas de la conciencia creciente de lo retórico *en* todos los discursos. Y, además, la circularidad de la deconstrucción no es del todo perfecta; pueden describirse sus asimetrías y, en ellas, las figuras que construye para poner en cuestión las nociones dominantes y los valores corrientes dentro de la crítica (40).

Del artículo de Catelli se desprendería que era el problema de la retoricidad del lenguaje y sus relaciones con la ilegibilidad aquello que la crítica española rechazaba con más virulencia de la deconstrucción. La crítica argentina retomaría poco después esta cuestión en “Paul de Man y la retoricidad del lenguaje” (1990) donde, planteando el problema de la referencialidad y de cómo la crítica contemporánea tendía a restaurar sus certidumbres al dejar en un segundo plano las dificultades de la forma literaria, podía reconstruir cómo la crítica, no solo española, se había dedicado en los últimos años a “tender puentes entre los textos y sus engranajes históricos y sociales” (Catelli, “Paul de Man” 58). “¿Por qué la tentación del retorno a una jerarquía de significados?” (58), se preguntaba Catelli siguiendo al crítico de origen belga, y afirmaba:

La crítica ha construido un modelo que De Man considera falso: el que propone una imagen de la literatura considerada como recipiente que guarda lo que está dentro, en secreto, y lo separa de lo que está fuera. Y una imagen concomitante: la del lector como quien abre o comunica aquello que permanecía oculto (59).

La propuesta de De Man suponía no solo la puesta en cuestión de la vieja crítica referencial y de sus restauraciones contemporáneas bajo la forma banal del positivismo o bajo otra más sutil en la estética de la recepción, sino también la crítica de los modelos semióticos como el de Genette, los cuales perseguían estabilizar una relación en sí misma problemática entre gramática y retórica. Para ello, De Man se volvía sobre Proust —y sobre su lectura genettiana— para proponer “una retorización de la gramática”, de donde la crítica extraía que “en todo texto existen dos retóricas” (Catelli, “Paul De Man” 61). A través de estas reflexiones, Catelli se dirigía hacia una cuestión que ya entonces le ocupaba: las singularidades, y el lugar clave en la contemporaneidad del género autobiográfico, sobre el que publicaría en Lumen al año siguiente *El espacio autobiográfico*. Sobre este libro afirmaba,

Lo escribí cuando ni soñaba con volver a la universidad: había traducido un artículo de Paul de Man sobre Walter Benjamin [“Conclusiones”] y había empezado a leer cosas sobre la tradición del culto mariano en español; seguí leyendo a Paul de Man, incorporé Lejeune y desde luego a Bajtín, sobre quien había escrito en 1980 una especie de presentación de la obra para una revista de Madrid, y el cruce produjo, supongo, el libro

(“Incorporar ‘lo otro’” 8-9).

Ese trabajo intelectual se sostuvo al margen de la academia, hasta el punto de que la crítica rosarina ha podido presentarlo, retrospectivamente, como “un trabajo universitario sin universidad” (“El oficio y la academia” 131). Catelli, volviendo sobre el diferendo entre los hermanos Schlegel y Goethe en torno al lugar de lo autobiográfico, señalaba cómo tuvo mayor fortuna la opción de este último, quien consideraba que “el arte y la filosofía podían ser considerados fragmentos de una enorme confesión” (“El espacio autobiográfico” 219): “esa cámara de aire, esa impostura, es el espacio autobiográfico: el lugar donde un yo, prisionero de sí mismo, obsesivo, mujer o mentiroso, proclama, para poder narrar su historia, que él (o ella) fue aquello que hoy escribe. Postula, en síntesis, una relación de semejanza” (219) —relación de semejanza que habría dejado de ser obvia, precisamente, en la contemporaneidad. Ese movimiento genealógico se abría, precisamente, con la crítica demaniana: “Si el deseo de la semejanza sostiene nuestra convicción acerca del carácter humano del lenguaje, la imposibilidad misma de que la semejanza exista es lo que permite, al contrario, la existencia del lenguaje” (220). La autobiografía, en tanto que prosopopeya de la voz y del nombre, haría que el yo no fuera punto de partida, “sino lo que resulta del relato de la propia vida” (226). En lo autobiográfico no asistiríamos, pues, al reconocimiento de una identidad previa sino al “movimiento por el cual lo informe sufre una desfiguración” (227). Esa caracterización de la autobiografía como prosopopeya y desfiguración autorizaría a tomar dicho tropo como “figura de *todo* el lenguaje en su relación con el pensamiento”, presentando el lenguaje como “el tejido que permite acceder al pensamiento justamente porque lo vela” (228). En su propio producirse, el texto desbordaría y pondría en cuestión su propia retórica.

### **Escenas de la traducción en España y América: los textos contra la Historia**

Unos años después, en 1998, Catelli publicaba con Marietta Gargatagli *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros* (Serbal), una antología de escenas de traducción representadas en la literatura castellana entre el siglo X y 1925 a través de las cuales las autoras proponían un modo de pensar la historia de la traducción que partía de “la escena de la traducción” como “lugar imaginario donde se enjuicia, precisamente, la existencia de los otros” (14). En ella, a través del énfasis en la traducción, se hacía posible empezar a pensar, a lo largo de la historia, las relaciones de España con su origen (un origen, claro está, fabulado) y con la alteridad. Y ahí acudían las aportaciones de la decons-

trucción, dado que “las culturas occidentales conciben lo propio —la lengua, la tradición— como inmaculado y puro” (13). Ser capaces de asombro ante “las fabulaciones con las que una cultura explica sus orígenes y los de su lengua, la construcción de la nación o la conquista de un territorio” (13) sería condición necesaria para empezar a problematizar “una red ilusoria (y que se quiere perfecta) entre lo propio y lo ajeno”, prestando atención, además de a la propia textura de la red, a esos puntos de máxima reverberación de la trama que son “las figuras de los omitidos, los excluidos, los *otros*”, de quienes “se nos ofrece siempre la apariencia, pero nunca la voz” (13). El libro proponía así, cruzando los modos de lectura de la deconstrucción con los de los estudios culturales, un “repertorio de las reflexiones acerca de la traducción en nuestra lengua [...] mostrando las estrategias que nuestra cultura despliega para atribuir o negar a *los otros* (a sus lenguas, a sus culturas) precisamente una relación con el sentido” (14). Origen y alteridad estarían así enlazados en una lógica en la que “el origen no precede a la escena de la traducción sino que es producto de la misma escena” (15). El lugar de España sería paradójico en relación tanto a América como a Occidente. Por un lado, Europa no contemplaría a España para definir la cultura occidental y, por el otro, “España sólo se ha hecho cargo de manera desordenada y casual de su choque con las culturas americanas”, de modo que “la cultura española aparece, desde el punto de vista histórico de la traducción, como una especie de bisagra entre dos mundos que sucesivamente la rechazan o a los que ella rechaza: Occidente y América” (16). Desde Menéndez Pelayo hasta el presente, “jamás las antologías corrientes” sobre traducción “incluyen el problema, los textos, los documentos, las reflexiones que suscitó América” (17). La actualidad de estas afirmaciones se deja ver asomándonos a la producción académica contemporánea. Así, por dar simplemente un caso, y más allá del campo de la traducción, basta leer el artículo “Los caminos actuales de la teoría literaria en el mundo: España e Iberoamérica” de Garrido Gallardo, en el que el autor, llevando a cabo una reducción respecto a lo propuesto en su título, apenas se refiere a Iberoamérica.

La antología proponía volver sobre unos rastros de alteridades que, “vivas como excesos perturbadores, desaparecieron del discurso de la Historia, pero no de los documentos”, por lo que es posible afirmar que “los textos *hablan* contra la Historia” al plasmar “una serie ininterrumpidas de estrategias de omisión del *otro*” (18, énfasis en el original). El libro —que recuerda que “la traducción es sobre todo literatura política, literatura de la *polis*: quiere intervenir sobre la tradición existente, modificarla, negarla, recrearla, alterarla” (19)— pretendía mostrar de ese modo cómo

aquellas omisiones y las singulares distorsiones de la Historia permitieron la construc-

ción de una cultura ficticia —la hispanidad— tan sólida y fuerte como para haber adquirido la forma “real” de un pasado común a España y América, un pasado tranquilizadamente libre de impurezas de religión y de sangre, un pasado en el que los bárbaros inquietantes habían sido ya expulsados, cristianizados o convertidos al buen mestizo (18).

### Los procedimientos de la crítica: de la fricción a la ilustración

Cuando un texto se resiste a una interpretación la ansiedad del crítico no se calma con otras interpretaciones, sino que se recurre a los hechos. Esto produce un pseudo saber tranquilizador y completo, aunque casi siempre reiterativo.

Nora Catelli, *En la era de la intimidad*.

Por lo demás, Catelli —que ha cernido de diversos modos a lo largo de su obra ese exceso no estabilizable en último término que habita los textos en una inquietud en la que se despliega la historicidad— señalaba en 2003 cómo se había producido una transformación en el ejercicio de la crítica contemporánea que tendía a confundir la lectura del objeto estético con la postmodernidad, con el reconocimiento de una realidad teórica previa. Para hacerlo, Catelli medía la distancia que separa el *acto crítico* en Raymond Williams (donde su nombre era un caso que podía ponerse al lado del de Barthes y tantos otros) de la *ilustración teórica* en Slavoj Žižek. Como señalaba Catelli, aunque la operación llevada a cabo por Žižek en *El espinoso sujeto* “es una operación conceptual ‘moderna’ respecto de algunos presupuestos filosóficos postmodernos, no se puede negar que sus procedimientos, al revés de los de Williams, son también plenamente postmodernos” (Catelli, “El pensamiento crítico” 85). De ese modo, aunque “en *El espinoso sujeto* no se prescinde de lo teórico [...], se lo separa de lo hermenéutico y de lo estético” (86). En este contexto, “el debate filosófico parece bastarse a sí mismo; el arte no es en este caso fuente de problematización de esos contenidos, sino de ilustración de un ámbito que se presenta casi como autosuficiente” (86). En Žižek “la argumentación cede entonces paso a la ilustración” y, con ello y “hasta cierto punto, a pesar de su reivindicación parcial del sujeto universal, Žižek se comporta como un lector (sólo) postmoderno, (sólo) atento a la búsqueda del rasgo en el que identificar lo pensado, vivido, experimentado como propio”(87). La diferencia entre uno y otro —que sería, a fin de cuentas, la diferencia entre dos modos de la crítica que Catelli historizaba— estribaría en que

para Williams esos documentos son formas complejas, fuente de conocimientos provisorios, paradójicos, inconclusos; para Žižek son refrendos de la teoría. Entre una y otra posición media la distancia que separa la crítica de la ilustración, la argumentación de la aplicación. En esa distancia se juega, hoy, el debate sobre la literatura y el arte: el debate sobre sus fronteras estéticas, sobre su horizonte hermenéutico, sobre su provisoriedad, histórica, pero necesaria especificidad (87).

De esa manera, en esas lecturas se perdería la especificidad práctica de la escritura y la atención por la textura lingüística, que aseguraba —más allá de la determinación de una serie literaria— la compleja y equívoca relación entre la multiplicidad de series no-literarias. Como señalaba la crítica rosarina en otro texto, insistiendo en la misma cuestión, los estudios culturales habrían dejado de lado, salvo raras excepciones, el problema de la forma:

Los estudios culturales [...] suponen un retorno de la crítica temática. De hecho, si se revisan atentamente las referencias de películas y textos literarios de un Žižek, por ejemplo, se comprueba que las aproximaciones son eminentemente de asunto, en el sentido clásico. Desde la perspectiva de la historia de las formas en el arte y la literatura contemporáneas, se trata de puntos de vista eminentemente conservadores (“Incorporar ‘lo otro’” 10).

Con ello quedaría clausurado el problema de la escritura a través del cual el lenguaje era atravesado, de modo complejo y nunca unívoco, en el presente de la lectura, por la historicidad. En ese sentido, “La crítica feminista y el problema de la forma”, también de 2003, surgía de ese cruce en el que era la atención a la especificidad de la forma la que abría el terreno para el aislamiento de huellas que remitían a una historia política, social y cultural no totalizable. Escribía ahí Catelli:

Si la literatura existe como problema, según mi perspectiva, para la crítica feminista, esto se debe a que la operación que vincula el concepto de literatura y el de crítica feminista debe necesariamente definirse en relación con un horizonte hoy en retirada, pero cuya crepuscular energía obliga constantemente a apelar a sus herramientas: la estética (“La crítica feminista” 1).

En este texto, Catelli se resistía a la conversión de la crítica en una “restitución identificatoria plena, entendida no como trabajo sobre la forma, sino como devolución instantánea de satisfacciones psicológicas” (3): “Al revés de los lectores modernos —esforzados buscadores del sentido de las formas y de sus desafíos y rupturas— los circuitos de lectores postmodernos son comunidades sedentarias y narcisistas de especialistas en sí mismos” (2). Frente a esos planteamientos, Catelli proponía lo que podría calificarse de un programa para *Lectora*, la revista que acababa de fundarse:

La clausura de la crítica valorativa supone un rebajamiento de la teoría: no se puede prescindir, sin consecuencias, de la reflexión sobre los desafíos que plantea la forma. Como los estudios culturales, el feminismo puede ampliar su influencia institucional eva-



diendo las aguas tumultuosas de los juicios estéticos; pero empobrecerá sin duda su propia capacidad revulsiva; esa que atravesó, como luz fulgurante, el pensamiento occidental de la segunda mitad del siglo XX. ¿En qué consistía, en qué consiste? En volver visible, de manera episódica, el pliegue que, en las más inquietantes creaciones, une y separa, alternativa y enigmáticamente, el orden simbólico —ontología del género— y la experiencia histórica: ese pliegue no es otro que la forma. Sólo así podremos seguir interrogándonos por las categorías con las que operamos. Sólo así podremos seguir poniendo en escena los términos del problema y obligándonos a su redefinición. Sólo así volveremos estéticamente visible, de vez en cuando, el pliegue de la forma; ese intersticio que oculta y muestra, a la vez, su anudamiento a un sujeto (5-6).

En 2007 publicaba *En la era de la intimidad* (un libro que enlazaba con las reflexiones del fragmento recién citado) en Beatriz Viterbo (Rosario), el cual partía de una constatación aporética: “Sólo tiene valor de veracidad en el discurso lo que hace evidente a un sujeto, pero no poseemos ningún instrumento definitivo para atrapar a ese sujeto: este es el signo de la era de la intimidad” (9). En ese libro Catelli se proponía abordar una inversión histórica. Si en tiempos de Hermann Broch lo autobiográfico se justificaba en lo histórico, en tanto que formaba parte y daba acceso a ello, actualmente “la Historia se validaría a partir de la escritura autobiográfica” (26) —y, para construir su objeto de estudio, partía de la teoría de “La autobiografía como desfiguración” de De Man, en la cual se formulaba que lo autobiográfico, más que un tipo textual, era un “momento” que podría encontrarse en cualquier texto. La identidad autobiográfica sería el resultado de un recurso retórico: la prosopopeya. Escribía Catelli:

El carácter sustitutivo general del lenguaje —que expresa la alegoría— tiene su expresión más clara en la prosopopeya, límite último del intercambio retórico, ya que escenifica la imposibilidad de un nexo entre significación e interpretación. En efecto, la sustitución se muestra allí naturalmente fallida: poner en escena al muerto y darle una voz es la figura que cubre, y por eso mismo subraya, el vacío tras la máscara (36).

De ese modo, la crítica rosarina reconocía la lectura como “el momento del vértigo, el instante de la experiencia abismal en cualquier texto” (38), único espacio en el que podría producirse la emergencia del sujeto.

### **Logofagias e ilegibilidad**

El texto de la logofagia [...] al escribir el silencio remite a un punto en el que los aparatos hermenéuticos tradicionales se muestran inoperantes, sufren un colapso e, inservibles, quedan clausurados. Los trazos del silencio oponen una resistencia tal a la lectura que, definitivamente, la tornan imposible

Túa Blesa, *Tránsitos*

Otra línea deconstructiva que permite visibilizar cómo se abre en España una crítica que moviliza de modo creativo las herencias de la deconstrucción —herencias que, sin embargo, no habrán dejado de ser vistas con suspicacia por una parte importante del campo académico e intelectual— la encontramos en Túa Blesa, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Zaragoza y uno de los críticos que más ha hecho por tornar legible la poesía española contemporánea, de la que se ha ocupado prestando especial atención a sus escrituras más vanguardistas y transgresivas<sup>3</sup>. En ese sentido, cabe destacar su labor de edición de la obra de Leopoldo María Panero —*Poesía completa 1970-2000* (2001), *Poesía completa 2000-2010* (2012), *Cuentos completos* (2007) y *Traducciones/Perversiones* (2011)—, autor al que dedicó en 1995 *Leopoldo María Panero, el último poeta* y en 2019 *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*, donde recopila, entre otros artículos, uno titulado “La escritura de Leopoldo María Panero, la literatura orgánica y el postestructuralismo”. Ha escrito también sobre Pere Gimferrer, a quien está dedicado *Gimferrerías* (2010), y sobre Jenaro Talens, David González, Andrés Sánchez Robayna, Ángel Petisme, José-Miguel Ullán, Eduardo Hervás y tantos otros en *Tránsitos* (2004), haciendo legible una poesía que ha tendido a ser silenciada por la crítica, y en la que se incluyen algunos poetas que, retomando la labor de Blesa, ha estudiado recientemente Germán Labrador en *Culpables por la literatura*. Por último, cabe destacar —pues no es aquí irrelevante conectar las lecturas con el lector— que, además de catedrático es, hasta el día de hoy, cantante y guitarrista del grupo punk Doctor Túa y los Graduados.

Su primer libro, *Scriptor Ludens. Ensayo sobre la poesía de Ignacio Prat* (1990), volvía sobre la poesía de Ignacio Prat (1945-1982), de quien diría en un artículo de 1990 que “leer a IP es (re)leer sus propias lecturas, adheridas aquí y allá a su propio discurso, inexplicable sin las palabras salidas de labios de otros” (“Intrigas” 19). La intertextualidad y el palimpsesto están así en la base de una labor que hace legible a un autor que Blesa reconoce, dado que desafía las concepciones recibidas de lo poético, como de difícil lectura en su momento. *Uretra*, libro inédito de Prat de 1970, contiene la palabra *arte* en su título y bien puede leerse como fragmento invertido de *Arte rupestre* (*Scriptor Ludens* 38) —donde también aparece la partícula alemana *Ur* que remite al origen. Como afirmaba Blesa, “Prat pretendía forzar con *Uretra* el límite de lo novísimo, llevar más alta en su vuelo al ala extrema de tal escritura que amenazaba ya [...] con sufrir esclerosis” (46). El poeta aragonés parte de otras escrituras y las recrea herméticamente en su escritura. Tal como leemos al final de *Scriptor Ludens*, “si la patria de un

3 Cabe destacar el número de homenaje a Túa Blesa recientemente publicado por Pueo y Saldaña. En él puede consultarse Hidalgo Nácher, “Tradiciones por venir”.

escritor es el lenguaje, entonces Ignacio Prat es un autor expatriado, cuya lengua es la de otro, la voz de lo ajeno —o lo propio alienado—, quizás babélica” (174).

Como se lee en *Lecturas de la ilegibilidad en el arte* (2011), “la ilegibilidad del arte y la literatura, las prácticas logofágicas”, sobre las que enseguida hablaremos, “son sólo una sinécdoque de la ilegibilidad general del arte, que dice cómo todo arte es logofágico, ilegible” (64). La letra es, de hecho, “un extraño objeto del mundo” (12), afectado por una ambigüedad fundamental que la hace, en su concreción material, signo de otra cosa, y cuya legibilidad general se da en el marco de lo ilegible. Como señala el crítico aragonés, “a la crítica le compete leer esa ilegibilidad, hacerla legible, pero ¿cómo leer la ilegibilidad? Ese malentendido funda la crítica del arte” (64). Es de hecho la traducción la que hace emerger en los textos una ilegibilidad que —aunque ilegible como tal hasta entonces— ya estaba en ellos. De ese modo, cabe entender que “la ilegibilidad, pues, le pertenecería al texto, a la escritura, a la lectura; textos, escritura y lectura de los que habrá que convenir que están hechos de ilegibilidad y legibilidad. *Ilegibilidad y legibilidad*, que, cosas de la lengua, dejan oír una *doble ilegibilidad*” (“Ilegibilidad y legibilidad” 397-298; énfasis en el original).

Estas reflexiones, que colocan la lectura de lo ilegible en el centro de la tarea crítica, retoman un trabajo de largo aliento que tiene un momento importante en la publicación de *Logofagias. Los trazos del silencio* (1998), un libro que propone la creación de una retórica del silencio en diálogo con los textos poéticos contemporáneos. La logofagia es un tipo de figura retórica cuya imagen es “un hueco cuyo fondo es un sin-fondo, que deja a la escritura sumida en una reflexión que la acalla, la dobla, la pliega, se la traga” (15). A través de su estudio se hace posible ampliar los márgenes de la retórica clásica —y, con ellos, su propia concepción— para incorporar la textualización del silencio que recorre una parte importante de las escrituras contemporáneas. Dado que los textos logofágicos resultan del uso de una serie de figuras que no es posible estudiar desde los repertorios retóricos tradicionales, Blesa propone ampliar sus límites para dar cuenta de esa parte de las textualidades que, de otro modo, quedaría arrojada a lo puramente ilegible. Cinco son las figuras retóricas que ahí propone: el *ápside*, consistente en la incorporación de variantes discursivas (y que tiene uno de sus modos, en el que un texto se subordina a otro, en la *adnotatio*); *babel*, figura por la cual la lengua se abre al multilingüismo y, a través de él, tiende a la ilegibilidad; *criptograma*, por la cual se cifra la escritura en mayor o menor grado; *óstracon*, por el cual lo que se da a leer aparece como un fragmento de una totalidad no presente, y que tiene sus variantes en la *fenestratio* (en que se muestra un texto, de un modo u otro, como inacabado a través de signos de puntuación), *leucós* (que incorpora el uso del blanco a la

escritura), *lexicalización* (por la que se enuncia explícitamente la fragmentariedad del texto), *tachón* (por el cual se dificulta la legibilidad del texto, hasta impedirla, a través de la inscripción de trazos sobre él) y *hápx*, figura consistente en la inclusión en el texto de palabras usadas por la primera vez en la lengua.

Esta propuesta plantea, en primer lugar, la ampliación de la retórica a los problemas lingüísticos, literarios y filosóficos del siglo XX, al incorporar las consecuencias de la nueva retórica que, por lo menos desde Nietzsche, irrumpe en el campo del saber, y llega hasta la deconstrucción. Como escribe el crítico: “Los textos de la logofagia reescriben algunos de los indecibles derridianos [...], ponen en evidencia la imposibilidad de acotar su cotexto y su contexto, permiten ver la errancia del sentido y perderlo de vista” (Blesa, *Logofagias* 228). Y, en segundo lugar, la toma en consideración de un corpus poético mayormente tenido por marginal y al que, en consecuencia, no se había hecho dialogar con la teoría literaria académica hasta entonces. Más adelante, cuando nos refiramos a la denegación por parte del Ministerio de Ciencia e Innovación de un proyecto de investigación dirigido por Blesa en 2009, se podrá calibrar con más precisión, con relación a este último punto, el lugar que suele atribuirse todavía hoy desde los estamentos académicos de poder tanto a la deconstrucción como a esta poesía (Blesa, “Investigación y mentira”).

En el libro *Tránsitos. Escritos sobre poesía* (2004) cabe aislar una poética construida en fricción con el corpus de la poesía española contemporánea en la que contrapone a la unidad del “método” la posibilidad de emprender “tránsitos” (11) plurales a partir de la lectura de poesía. En dichos artículos y lecturas —que tienen “no poco de autobiografía”, ya que “sin ellos mi vida hubiese sido distinta” (13)— se problematizan las relaciones de la lectura con la escritura. Tal como “en el principio fue la escritura, a la que sucede la lectura”, también es cierto que “la escritura sólo comienza su arabesco una vez que se ha cerrado el libro” (37), lo que permite ver que “la escritura no puede ser sino reinscripción” (39) y la literatura aparece como una “concatenación de escrituras, cuyo primer eslabón es ya inalcanzable, disuelto por la usura del tiempo” (42). Tal como la escritura puede partir de “un error de lectura” (43), “ese gesto de la doble firma que toda traducción es” supone “un hueco” por el que el escritor se inscribe en un “texto ajeno que, en cuanto se traduce, deja de serlo” (45). La crítica puede pensarse también desde la forma de la traducción y la doble firma, haciéndose cargo de una experiencia poética que, como en el caso de la poesía de Eduardo Hervás, “circula en el intervalo entre la inanidad y el silenciamiento” en tanto que “no ha sido escrita [...] por cuanto carece de lectura”, para rescatar cómo esa poesía “habla de la imposibilidad de lo poético haciéndose posible en la poesía” (64).

En todo ello está en juego “una cuestión política, y no sólo literaria” (13). Una cuestión que, en último término, pone en juego una política de la literatura, tal como ya indicaba Derrida al referirse a esa extraña institución llamada literatura (Blesa, *Tránsitos* 76-77 y “Mesa redonda” 93-96), con la particularidad de que, en el contexto de “sequestro de la libertad” (*Tránsitos* 78) del franquismo, “la situación general de deterioro de la vida no permitía una literatura particularmente libre” (67). En ese contexto, una poética como la de Gimferrer, más allá de una tópica petrarquista que pretende expresar un deseo “por medio de palabras ya inexpresivas, desgastadas, quizá tropos, que ocultan mucho más que dicen” (67), coloca, a través de la invocación del “ángel de la coprofilia”, el amor en el lugar del excremento. Y, de ese modo, se convierte

en un habla moral por cuanto se expone como ejemplo de que los límites —todos los límites— prescritos no son las marcas de un final, sino que son únicamente las fronteras —arbitrarias— tras las cuales se abren otros espacios, quizá sí desiertos, inhóspitos, pero que no por ello habrán de dejar de recorrerse y explorarse (80).

En la escritura del crítico aragonés puede reconocerse un trazo paródico que lleva al *paper* académico, enlazándolo con el registro coloquial y con otros registros, más allá de sí mismo, siguiendo así, de un modo peculiar, el gesto del texto logofágico, el cual “supone la salida del texto a su afuera, se extralimita de sí mismo hasta exceder la linde misma que lo circunscribe como texto y se expande por el espacio de lo que no es texto, aquello que no puede ser sino el silencio” (*Tránsitos* 200). En ese sentido, más que escribir *papers* o artículos, podemos ver cómo Blesa cita a comparecer rasgos del género para, a continuación, desplazarlos o desarmarlos (tal como hace en “Barthes, Derrida, etc. y la interminabilidad” con el uso y la tematización del “etc.”), de modo que, de ser eso cierto, esos textos repetirían “algunos de los constituyentes de otro texto” (el modelo *paper*) “que la parodia, en algunos de sus pasos, simula ser” (“Parodia: literatura” 57). Ahora bien, con eso, lejos de alejarse de la teoría de la literatura, el crítico nos dirigiría hacia su centro al mostrar que “la literatura no imita a algo como la naturaleza o la realidad, sino a la literatura misma”, y al recordar que —dado que la parodia “es la oda desmesurada”—, “la escritura paródica hunde la pluma en el centro de lo literario” (58). De ese modo, “la parodia no tiene límites —a no ser los de la literatura—, pues es lo literario en cursiva y se manifiesta en cualquier tipo de componente textual” (58).

Se adivinan en esas reflexiones la importancia del pensamiento derridiano —y sus referencias a “esa extraña institución llamada literatura” de su entrevista de 1989—, así como las lecturas de Maurice Blanchot, cuya obra es fundamental para el crítico de Zaragoza, a partir del que ha publicado recientemente *Maurice Blanchot. La pasión del error* (Hidalgo Nácher, “Blanchot entre nosotros”). Con el trabajo crítico de Blesa

se hace no solo audible sino también visible el silencio que la literatura inscribe en el lenguaje y en el tejido social, dando forma, al mismo tiempo, a la persistencia de un silenciamiento y de una exclusión.

### **La teoría puesta en juicio — una larga historia de exclusiones**

El discurso se ha vuelto, ahora sí, sobre sí mismo, se ha cerrado en una figura de ouroboros, como en un laberinto que queda sellado tras el primer paso, y ya no remite a nada que esté fuera de él, una vez que el no-discurso, el silencio, ha trazado allí sus signos.

Túa Blesa, *Logofagias*.

España goza de una larga historia de exclusiones: no toda tradición puede presumir de una *Historia de los heterodoxos españoles* como la que escribió, como sombra del nacional-catolicismo, Marcelino Menéndez Pelayo. En ese sentido, recordando el laberinto mágico al que se refería Max Aub, cabría decir que el pasado no ha dejado de no pasar o, a Lacan, que hay algo en la historia de España que no cesa de no inscribirse. Convendría prestar atención a ello.

La relación del campo académico español con la teoría literaria entronca con esta genealogía de exclusiones. Catelli ha afirmado que, al no poder suprimir la teoría, “la universidad española la encapsuló” (“El oficio y la academia” 131). Ahora bien, dentro del campo institucional de la teoría va a darse también una resistencia a la teoría en tanto que “resistencia a la necesidad de un pensamiento sobre la literatura como acontecimiento y experiencia” (Dalmaroni 23) que tendrá diversas modulaciones pero que, cuando no exprese tajantemente su condena, mostrará sus suspicacias ante la incorporación de las perspectivas textualistas y deconstructivas al estudio literario. Un caso entre muchos otros, el de García Berrio: “La supuesta teoría de Paul de Man en estos escritos polémicos merece ser resistida a toda costa, precisamente porque no es aquello que, astutamente, trata de pasar por ser; a saber: verdadera Teoría de la Literatura” (65).

Verdad y mentira, inclusión y exclusión policial que en España ha llegado a los tribunales. En esa línea, una última muestra del lugar que ocupa la deconstrucción en el corpus académico de la teoría literaria española es la denegación por parte del Ministerio de Ciencia e Innovación de un proyecto de investigación dirigido por Blesa en 2009, en el que los comentarios de los expertos, hechos públicos por el catedrático de Zaragoza junto con el resto de documentos asociados, muestran la minusvaloración

de la deconstrucción en una resolución pública amparada en el secreto en la que se desmerecía la producción teórica, cuando no se excluía del “pensamiento literario”, a autores como Gimferrer, Valverde, Antonio Machado, Cernuda o Valente y en la que se leía, entre otras cosas: “Los ‘teóricos de la literatura’ españoles o son filólogos, o son descriptivistas, pero no son de forma efectiva teóricos de la literatura. ¿Cuáles son sus teorías? ¿Qué teorías literarias se han generado en España durante los últimos 18 años, por ejemplo?” (citado en Blesa, “Investigación y mentira” 472). Respecto a los trabajos ya presentados por el grupo de investigación, se afirmaba: “Muchos de estos artículos son artículos de prensa. (Confieso que algo así me parece escandaloso). Muchos de estos artículos, buena parte de ellos publicados en la prensa, son de una vulgaridad y de una trivialidad sobresalientes: “Carlos Bousoño: la poesía y el chiste”, “Barthes, la tele, la parodia: Salvador Gutiérrez Solís y la narrativa mutante, etc.” (473). Y continúan los informes de los evaluadores: “El resto de los artículos, reseñas y contribuciones a congresos que presenta el IP [Investigador Principal] versan básicamente sobre los mismos temas: poesía y deconstrucción” (476), lo que en dicho contexto sugiere una falta, y de donde se concluye que “es un error subvencionar algo de esta naturaleza [el Proyecto FFI2009-13573 que se solicitaba]. Y sorprende mucho que haya podido ser subvencionado durante los últimos tres años [HUM2006-04981]”. De hecho, en un último gesto de responsabilidad cívica, el experto, hace tiempo convertido en censor, sostenía que

es en realidad sorprendente que a este equipo [el del Proyecto HUM2006-04981, casi idéntico al de la Solicitud] le haya sido concedido un proyecto de investigación con anterioridad. No se comprende, en términos científicos, semejante concesión. Y, a juzgar por los resultados, sus aportaciones son tales que debería exigírseles la devolución de los fondos entregados en su momento (477).

Ese informe, dado a publicidad por Blesa, permite valorar no sólo el lugar de la deconstrucción en el campo académico de la Teoría de la Literatura y la Literatura Comparada a la altura de 2009 —en un contexto en el que el silencio ya no es posible y en que el secreto empieza a hacer aguas—, sino también asomarse al funcionamiento de las agencias de evaluación contemporáneas, las cuales, amparadas en protocolos neoliberales, siguen regidas muchas veces por los antiguos señores feudales.

Con ello, cabe preguntarse, más allá de la deconstrucción, cuál es el presente —miserable, por injusto— y el porvenir de nuestras universidades públicas. Escribía Juan Goytisolo en “Anticuarios”, artículo de 1997:

Las universidades y los estamentos culturales de España son una rica almáciga de anticuarios de diferentes ramas y saberes. A fin de preservar la necesaria quietud de sus verdades

incontrovertidas y la imagen de la España occidental cristiana, y a fin de cuentas nacional-católica, forjada por Menéndez Pelayo y sus sucesores y epígonos —imagen irremediabilmente dañada hace medio siglo por los planteamientos innovadores de Bataillon, Américo Castro y Domínguez Ortiz—, los anticuarios, luego de arremeter a lo “Santiago y cierra España” contra un grupillo de perturbadores [...] han optado por obviar al fin, como si no existiese, la constante multiplicación de pruebas y argumentos que contradicen sus tambaleantes doctrinas y el precario edificio de sus ideas. Como los buenos frailes que me enseñaron en mi niñez unas nociones filosóficas recalentadas después de una centenaria conservación en nevera, nuestros anticuarios prosiguen su encomiable labor didascálica... [...]

Los anticuarios, citándose unos a otros, apuntalándose unos a otros, siguen exponiendo como vivas y fecundas unas “verdades históricas” que en países menos conformistas e intelectualmente menesterosos que el nuestro habrían sido condenadas desde hace tiempo a acumular el polvo.

Era el propio Goytisolo el que se refería una década después, en 1996, hace ahora veinticinco años, a “esta vieja tradición hispana del saber oculto” —un saber que tendría que ocultar lo que sabe, que disimularse en otros saberes más “antiguos” u oficiales—, una tradición que “no murió como creen muchos con el fin de la Inquisición ni, salvando de un vuelo más de siglo y medio, con el *exit* de Franco” sino que “subsiste disfrazada, con caracteres menos dramáticos, en numerosos departamentos de humanidades en los que la clerecía que los ocupa se aferra a conocimientos y métodos estériles y ve con alarma, como una potencial amenaza, cualquier innovación exterior” (“La ocultación del saber”). Una tradición que, según Goytisolo, continuaría, por otros medios, en nuestra posdictadura.

¿Tendría razón Goytisolo? Estos espacios, hoy en día, ¿seguirán siendo almacenes? ¿Seguirá en España esa vieja tradición del saber oculto? El espíritu de cuerpo de la universidad española, ¿seguirá declinándose en singular? ¿Seguirá nuestra universidad asediada por fantasmas? ¿Seguirán, en esta universidad tan singular y tan nuestra, los profesores asociados cargando con sus cuerpos, año tras año, con el peso de la docencia (¡y con tantas otras cosas!) por un salario miserable, en unas condiciones de existencia que no lo son menos (López Alós), ante la aquiescencia de los colegas? Es necesario volver a citar aquí, nuevamente, a Goytisolo quien —además de apuntar al tradicionalismo y conservadurismo de una institución universitaria que habría seguido reproduciendo, en democracia, prácticas informales heredadas del franquismo— se hacía eco de una precariedad laboral que no ha dejado de crecer desde la fecha en la que citaba —como podríamos hacer nosotros mismos— el

testimonio anónimo de una de las víctimas de esta situación de prepotencia y censura que, por sus efectos en las actuales generaciones de universitarios sometidos a un



régimen de restricción mental y de saber tullido, podría ser calificada sin exageración de *nueva forma de calamidad pública* [...]. Todavía continúa siendo tristemente habitual en el ámbito universitario español la ocultación o no desenvolvimiento de ideas propias, más o menos críticas respecto a las de quienes son los guardias y jueces en el cruce de fronteras llamado entre nosotros oposiciones, paso necesario para “llegar” a ser funcionario, esto es, profesor titular o catedrático y gozar de una privilegiada posición de relativa independencia. Hasta entonces, se hacen “méritos” en calidad de profesores contratados (en la actualidad se denominan *Asociados* y *Ayudantes*) en condiciones de auténtica miseria económica (el sueldo mensual de un profesor asociado a tiempo parcial es de 40.000 o 78.000 ptas.) e intelectual (a la sombra del cátedro o mandarín de turno, esperando se digne “sacar” a concurso-oposición “tu” plaza, sin apenas opción a ayudas y becas de investigación). En ese atolladero, resulta en extremo contraproducente y arriesgada la exposición y publicación de ideas originales y críticas. Los puestos de poder y responsabilidad siguen ocupados en gran parte por personas y personajes en su mayoría ineptos o maleables” (“La ocultación del saber”).

Desde entonces, la situación no ha hecho más que agravarse. El uso y abuso que nuestras facultades han hecho en muchos casos de la figura del profesor asociado —por la que muchos de los profesores de mi generación hemos encadenado o seguimos encadenando contratos anuales claramente abusivos durante años y hasta décadas— es una muestra flagrante de la instalación de la precariedad neoliberal como horizonte existencial para las nuevas generaciones de profesores e investigadores españoles, con el consiguiente daño tanto para la vida como para el pensamiento. Como es sabido, la figura de profesor asociado surgió para contratar a profesionales de reconocido prestigio para dar clases puntualmente en la universidad. Tal como consta en el artículo 53 de la Ley de Universidades de 2001,

a) el contrato se podrá celebrar con especialistas de reconocida competencia que acrediten ejercer su actividad profesional fuera del ámbito académico universitario. b) La finalidad del contrato será la de desarrollar tareas docentes a través de las que se aporten sus conocimientos y experiencia profesionales a la universidad. c) El contrato será de carácter temporal y con dedicación a tiempo parcial. d) La duración del contrato será trimestral, semestral o anual, y se podrá renovar por períodos de igual duración, siempre que se siga acreditando el ejercicio de la actividad profesional fuera del ámbito académico universitario.

Ahora bien, dicha figura contractual se ha usado fraudulentamente, y muchas veces de modo general, para contratar a especialistas que hacen de su principal actividad la docencia e investigación universitaria y que sólo encuentran ese medio para acceder a la universidad. En el curso 2016-2017 se contaban 22 871 profesores asociados en España, el 23,6% del total de profesorado universitario (Álvarez 2018). En la Universitat de Barcelona, una de las más precarizadas de España, este colectivo —que renueva

anualmente sus contratos, cotiza menos de un tercio de jornada laboral y recibe unos 500 euros mensuales por llevar a cabo el máximo de docencia permitida, equivalente a tres cuartas partes del contrato de un titular a tiempo completo—, con 2426 miembros de un total de 5773 docentes, representaba el año pasado el 42% del personal docente e investigador y ya ha ganado diversas demandas contra la universidad (Rodríguez 2020).

Esa situación laboral no puede desvincularse de un cierto *espíritu de cuerpo* de la universidad española (Barthes, “Prólogo”) que, cabe sostener, no es ajeno a algunas de las exclusiones referidas en estas páginas. Afirmaba Barthes en 1978: “Hablar, y con más razón discurrir, no es comunicar, como con demasiada frecuencia se repite, es someter (*assujettir*)” (“Leçon” 431)<sup>4</sup>. La deconstrucción, las deconstrucciones — siempre que no se dejen someter a “la autoridad de la aserción” y a “la gregariedad de la repetición” (446)— acaso puedan contribuir a levantar ciertos silencios y dominaciones de ayer y hoy. Porque quizás lo fundamental, aquí y ahora, no pasa sólo ni principalmente por transformar los discursos, sino también las prácticas en las que se insertan. Y —si no queremos convertirnos en esclavos ni convertir a los otros en nuestros siervos en nombre de esto o de aquello— tal vez no esté de más volver sobre aquella “Introducción a la vida no-fascista” de Foucault para preguntarnos por las formas de vida a las que damos cuerpo, por las prácticas que encarnamos, por la relación que establecemos con los otros y lo otro desde nuestros cuerpos universitarios, y volver sobre aquel su último enunciado, que nos instaba, y nos sigue instando, a no enamorarnos del poder.

## Bibliografía

- Álvarez, Pilar, “Profesores universitarios desde 300 euros”, *El País*, 12 de febrero de 2018. [https://elpais.com/politica/2018/02/09/actualidad/1518207100\\_741157.html](https://elpais.com/politica/2018/02/09/actualidad/1518207100_741157.html)
- Azúa, Félix de. “Prólogo”, *¿Por dónde empezar?*, Roland Barthes. Barcelona, Tusquets, 1974.
- \_\_\_\_\_. “Borrón y cuenta nueva”. *El País*, 10 de febrero de 2005. [https://elpais.com/diario/2005/02/10/opinion/1107990010\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2005/02/10/opinion/1107990010_850215.html). Acceso 1 de junio de 2021
- Barthes, Roland. “Prólogo a la versión italiana”, *Crítica i veritat*. Barcelona, Sinera, 1969, pp. 9-15.
- \_\_\_\_\_. “Leçon” [1978]. *Œuvres complètes V*. París, Seuil, 2002, pp. 429-446.

4 La traducción es nuestra.

- \_\_\_\_. *Sistema de la moda*. Traducido por Joan Viñoly i Sastre. Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- Blesa, Túa. *Scriptor Ludens. Ensayo sobre la poesía de Ignacio Prat*. Zaragoza, Lola, 1990.
- \_\_\_\_. "Intrigas venecianas o el síndrome Pierre Menard", *Castilla. Estudios de literatura*, no. 15, 1990, pp. 19-32.
- \_\_\_\_. "Parodia: literatura", en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, Zaragoza, 18 al 21 de noviembre de 1992. vol. II*. Madrid, *Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 1994, pp. 57-64.
- \_\_\_\_. *Leopoldo María Panero, el último poeta*. Madrid, Valdemar, 1995.
- \_\_\_\_. *Logofagias. Los trazos del silencio*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1998.
- \_\_\_\_. *Tránsitos. Escritos sobre poesía*. Valencia, Tirant lo Blanch, 2004.
- \_\_\_\_. "Barthes, Derrida, etc. y la interminabilidad". *Conjunciones: Derrida y compañía*, Cristina de Peretti della Rocca y Emilio Velasco (eds.), Madrid, Dykinson, 2007, pp. 219-232.
- \_\_\_\_. *Gimferrerías*. Zaragoza, Eclipsados, 2010.
- \_\_\_\_. *Lecturas de la ilegibilidad en el arte*. Salamanca, Delirio, 2011.
- \_\_\_\_. "Mesa redonda sobre *L'université sans condition* de Jacques Derrida. Túa Blesa y otros". *Escritura e imagen*, no. 7, 2011, pp. 91-121.
- \_\_\_\_. "Investigación y mentira", *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*. no. 18, 2012, pp. 466-480.
- \_\_\_\_. "Ilegibilidad y legibilidad". *De la escritura como resistencia. Textos 'in honorem' Jenaro Talens*, Giulia Colaizzi, Manuel de la Fuente, Santiago Renard, Santos Zunzunegui (coords.), Valencia, Universitat de València, 2018, pp. 387- 398.
- \_\_\_\_. *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*. Madrid, Visor, 2019.
- \_\_\_\_. *Maurice Blanchot. La pasión del errar*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2020.
- Catelli, Nora. "Paul de Man y la retoricidad del lenguaje". *La balsa de la medusa*, no. 13, 1990, pp. 57-66.
- \_\_\_\_. "Incorporar lo 'otro'", *nueve perros*. vol. 2, no. 3, 2002-2003, pp. 4-10.
- \_\_\_\_. "El pensamiento crítico de Raymond Williams a Slavoj Žižek". *Cuadernos hispanoamericanos*, no. 632, 2003, pp. 81-87.
- \_\_\_\_. "La crítica feminista y el problema de la forma". *Lectora*, no. 1, 2003, pp. 1-6.

- \_\_\_\_\_. *En la era de la intimidad. Seguido de El espacio autobiográfico*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.
- \_\_\_\_\_. "Retórica y jergas en la crítica contemporánea". *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, no. 12, 2015, pp. 30-40.
- \_\_\_\_\_. "El oficio y la academia: apuntes sobre las modalidades de circulación y producción de los libros". *Orbis Tertius*, vol. 20, no. 21, 2015, pp. 128-132.
- \_\_\_\_\_. "Roland Barthes, el lector irreprochable". *El País*, 20 de agosto 2015. [https://el-pais.com/cultura/2015/08/12/babelia/1439394727\\_834048.html](https://el-pais.com/cultura/2015/08/12/babelia/1439394727_834048.html). Acceso 1 de junio de 2021
- \_\_\_\_\_. "Academia: los equívocos del comparatismo en el mundo (hispanico)". *CHUY. Revista de estudios latinoamericanos*, no. 2, 2015, pp. 34-44.
- \_\_\_\_\_. "Asimetría: espectros del comparatismo en la circulación de la teoría", *Badebec*, vol. 8, no. 15, 2018, pp. 179-198.
- Catelli, Nora y Marietta Gargatagli. "Prólogo". *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*, Barcelona, Serbal, 1998, pp. 13-19.
- Chicharro, Antonio. *Para una historia del pensamiento literario en España*. Madrid, CSIC.
- Cirici, Alexandre. "Converses amb Barthes". *Serra d'Or*, no. 113, 1969, pp. 53-55.
- Clavero, Bartolomé. *España, 1978. La amnesia constituyente*. Madrid, Marcial Pons, 2014.
- Dalmaroni, Miguel. "Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana". *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, no. 12, 2015, pp. 42-62.
- Man, Paul de. "Conclusiones acerca de *La tarea del traductor* de Walter Benjamin". Traducido por Nora Catelli. *Diario de poesía*, no. 10, 1988, pp. 12-21.
- \_\_\_\_\_. *Alegorías de la lectura* [1979]. Traducido por Enrique Lynch. Barcelona, Lumen, 1990.
- \_\_\_\_\_. "La autobiografía como desfiguración". *Anthropos: Boletín de información y documentación*, no. 29, 1991, pp. 113-118.
- Derrida, Jacques. "Esa extraña institución llamada literatura. Una entrevista de Derek Attridge con Jacques Derrida" [1989]. Traducido por Vicenç Tuset. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, no. 18, 2017, pp. 115-50.

España, Decreto-ley 1/1969, de 24 de enero, por el que se declara el estado de excepción en todo el territorio nacional. *BOE*, no. 22, 25 de enero de 1969, p. 1175.

España, Ley Orgánica 6/2001, de 21 de diciembre, de Universidades. *BOE*, no. 307, 24 de diciembre de 2001, pp. 49400-49425.

Faber, Sebastiaan. "Lecturas torticeras". *ctxt*, 24 de abril de 2021. <https://ctxt.es/es/20210401/Culturas/35771/cercas-rahola-jordi-gracia-tv3-preguntas-fre-quents-obra-sebastiaan-faber.htm>. Acceso 8 de junio de 2021.

Fernández, J. Benito. *Gide/Barthes. Cuaderno de niebla*. Barcelona, Montesinos, 2011.

Foucault, Michel. "El antiedipo: una introducción a la vida no fascista". Traducido por Milton J. Tornamira. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, no. 17, 1994, pp. 88-91.

García Berrio, Antonio. *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)*, segunda edición revisada y ampliada. Madrid, Cátedra, 1994.

Garrido Gallardo, Miguel Ángel. "Jakobson y la semiótica literaria". *Teoría semiótica: lenguajes y textos hispánicos. Volumen I de las actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo celebrado en Madrid en los días del 20 al 25 de junio de 1983*, Miguel Angel Garrido Gallardo (ed.), Madrid, CSIC, 1984, pp. 889-901.

\_\_\_\_\_. "Los caminos actuales de la teoría literaria en el mundo: España e Iberoamérica". *La musa de la retórica. Problemas y métodos de la ciencia de la literatura*, Madrid, CSIC, 1994, pp. 52-63.

Goytisolo, Juan. "La ocultación del saber", *El País*, 6 de marzo de 1996. [https://el-pais.com/diario/1996/03/06/cultura/826066810\\_850215.html](https://el-pais.com/diario/1996/03/06/cultura/826066810_850215.html). Acceso 1 de junio de 2021.

\_\_\_\_\_. "Anticuarios". *El País*, 8 de octubre de 1997. [https://elpais.com/diario/1997/10/08/opinion/876261608\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1997/10/08/opinion/876261608_850215.html). Acceso 1 de junio de 2021.

\_\_\_\_\_. "Silencio público, regocijo privado", *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967-1999)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, pp. 999-1002.

Hidalgo Náchér, Max. "La herencia teórica, las vueltas del Humanismo y el dispositivo de la deuda". *El taco en la brea*, vol. 1, no. 9, 2019, pp. 103-115.

\_\_\_\_\_. "Genealogía de la teoría literaria y herencias teóricas del franquismo: la estilística y la renovación crítica de los años sesenta". *Poéticas y cánones literarios bajo el franquismo*, Fernando Larraz y Diego Santos Sánchez (eds.), Madrid y Fráncfort del Meno, Iberoamericana Vervuert, 2021, pp. 55-80.

- \_\_\_\_. “Blanchot entre nosotros”. *Tropelías*, no. 35, 2021, pp. 393-399.
- \_\_\_\_. “Tradiciones por venir”. *Tropelías*, no. extra 7, “La escritura como estuario de la crítica. Textos in honorem Túa Blesa”, 2020, pp. 10-27.
- Labrador Méndez, Germán. *Culpables por la literatura: imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid, Akal, 2017.
- López Alós, Javier. *Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario*. Madrid, Los libros de la Catarata, 2019.
- LOS LIBROS. “La creación de un espacio”. *Revista Los libros*, vol. 1, nº 1, julio, 1969, p. 3.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles [1880-1882]*. Madrid, La Editorial Católica, 1978.
- Panero, Leopoldo María. *Poesía completa 1970-2000*. Editado por Túa Blesa. Madrid, Visor, 2001.
- \_\_\_\_. *Cuentos completos*. Editado por Túa Blesa. Madrid, Páginas de Espuma, 2007.
- \_\_\_\_. *Traducciones/Perversiones*. Editado por Túa Blesa. Madrid, Visor, 2011.
- \_\_\_\_. *Poesía completa 2000-2010*. Editado por Túa Blesa. Madrid, Visor, 2012.
- Pardo, José Luis. “Los años salvajes del lenguaje”. *El País*, 12 de julio de 2015. [https://elpais.com/cultura/2015/07/09/actualidad/1436442392\\_552588.html](https://elpais.com/cultura/2015/07/09/actualidad/1436442392_552588.html). Acceso 10 de junio de 2021.
- Pueo, Juan Carlos y Alfredo Saldaña (coords.). “La escritura como estuario de la crítica. Textos in honorem Túa Blesa”. *Tropelías*, no. extra 7, 2020.
- Rodríguez, Pau. “Falsos profesores asociados ganan la batalla a la Universitat de Barcelona: deberán ser contratados como indefinidos”. *eldiario.es*, 9 de marzo de 2020. [https://www.eldiario.es/catalunya/profesores-universitat-barcelona-contratados-indefinidos\\_1\\_1037852.html](https://www.eldiario.es/catalunya/profesores-universitat-barcelona-contratados-indefinidos_1_1037852.html). Acceso 8 de junio de 2021.
- Trías, Eugenio. “El loco tiene la palabra” [1969]. *Filosofía y carnaval*, Barcelona, Anagrama, 1970, pp. 17-37.
- \_\_\_\_. *La filosofía y su sombra* [1969]. Barcelona, Seix Barral, 1983.
- \_\_\_\_. “Prólogo a la presente edición” [1981], *La filosofía y su sombra*, Barcelona, Seix Barral, 1983, pp. 7-16.
- Vázquez García, Francisco. *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid, Abada, 2009.
- Vidal Alcover, Jaume, “Roland Barthes”. *Avui*, 30 de marzo de 1980, p. 20..